

para que os crean, y con todos los pecadores, para que os obedezcan, y con todos los tibios, para que os sirvan con fervor, de modo que todos os glorifiquen y alaben por todos los siglos. ¿Imitamos á Jesús, buscando el secreto en nuestras buenas obras? ¿Decimos y creemos, como las gentes, que Jesús hizo bien todas las cosas? ¿Por qué, pues, no le imitamos?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán triste y lamentable es el estado del sordo y mudo en el espíritu! Nada oye de lo que podía aprovecharle, y tiene siempre el oído atento á lo que puede dañarle. Su lengua es como una chispa de fuego, que enciende la guerra entre los prójimos y el afecto desordenado en el corazón; pero está inmóvil para hablar con Dios, confesar los pecados y hacer oración. Un alma tal tiene cerradas todas las puertas por donde podría recibir la luz, y es necesario un gran milagro de la omnipotencia divina para sacarla del atolladero en que se halla. Lo que Jesucristo hizo para curar al sordo-mudo del Evangelio, indica, al par que la dificultad de la curación, los medios por donde puede obtenerse. Le saca de en medio de la muchedumbre, gime dolorosamente, le entra los dedos en los oídos, toca con la mano su lengua, y con gran imperio dice: *Efeta*, ábrete; y al instante los oídos del sordo se abren y su lengua se suelta; y con un nuevo milagro, quizá más estupendo, comienza á hablar rectamente, como todos los demás, un hombre que jamás había articulado una palabra, ni oído una sola expresión. ¿Quién se atreverá á desconfiar del Salvador al contemplar estas maravillas de su omnipotencia? ¿Quién desesperará de la conversión de un pecador, por sordo y mudo que esté en el espíritu, al ver la facilidad y presteza con que los cura el Médico celestial? Ya nadie debe admirarse que las turbas entusiasmadas alaben y engrandezcan á Jesucristo con palabras de tanto encajecimiento; que en alta voz proclamen la perfección de todas sus obras. ¿Qué piensas tú de esto? ¿Crees que todo lo que dispone Jesús está bien hecho? ¿Por qué no tienes más conformidad? ¿Por qué te quejas de tus padecimientos? ¡Oh alma! Entra en ti misma, y conociendo tu miserable sordera y mudez, propón remediar tal estado, practicando cuanto sea necesario para ello; y sabiendo tu propia impotencia, pide, ruega, importuna á Dios, y no desistas hasta conseguir lo que pretendas para ti y para los demás.

104. — CURACIÓN DEL ENDEMONIADO LUNÁTICO.

PRELUDIO 1.º Fué presentado á Jesús un endemoniado lunático, al que no habían podido librar sus discípulos; y Él, increpando al demonio, le obligó á salir.

PRELUDIO 2.º Representate á Cristo increpando al demonio que se había apoderado de este pobre hombre.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que te libre del poder del demonio.

Punto 1.º Poder y rabia del demonio contra sus esclavos.
— Considera cómo se presentó á Jesús un hombre del pueblo, y le dijo: « Señor, tened misericordia de un hijo único que tengo, lunático y con espíritu mudo, que le arrebató y da con él en tierra, y le hace echar espuma por la boca y dar diente con diente, y le pasma y le deja casi despedazado, y unas veces cae en el fuego, otras en el agua; y rogué á vuestros discípulos que le sanasen, y no han podido ». En esta tan triste relación, puedes ver la fiereza y crueldad que tiene el demonio contra el hombre para dañarle en todo lo que toca á su cuerpo, si Dios no lo detiene; y así trataría á todos, como á este pobre mozo, á quien hizo mudo, sordo y lunático, con tormentos muy terribles y continuos desde su mocedad, pretendiendo, ya abrasarle en el fuego, ya ahogarlo en los ríos y pozos, y esto con tanta pertinacia, que no quiso obedecer á los Apóstoles de Cristo, como quien triunfaba de ellos. Pondera cómo este cruel enemigo muestra todavía mayor furia con el ánimo del pecador que se le rinde, al cual hace sordo y mudo para las cosas santas: lunático, esto es, sujeto al mundo, variable, mudable é inconstante para lo bueno: da con él en tierra, pegándole con las aficiones á las cosas terrenas: hácele echar por la boca espumarajos de palabras feas y asquerosas, y dar diente con diente por la furia de la ira y cólera: hácele estólido y como insensible para las cosas de Dios: unas veces le arroja en el fuego de las codicias carnales, para que se abra en ellas, otras en las corrientes de las aguas de los negocios mundanos para que se ahogue en ellos; y así le trae de un pecado á otro, despedazándole y haciéndole resistir á los predicadores y confesores, sin que haya quien le pueda subyugar. Y si esto hace en este mundo, en donde está como perro atado, discurre qué hará en el infierno contra los pecadores que le están ya del todo rendidos. ¡Qué sordera, qué mudez, qué crujir de dientes, qué desesperación! Pues, ¿cómo no aborrecemos al que en esta vida y en la otra es verdugo tan cruel del que le obedece? ¿Cómo hemos de resistirle? ¿En qué cosas nos persigue? ¡Oh Dios eterno! Abrid los ojos de todos los hombres para que los que han caído en la horrible miseria de ponerse bajo la esclavitud del demonio,

¹ Matth., xvii, 14; Marc., ix, 17; Luc., ix, 39. — ² Job, xxiv, 19.

procuren salir de ella, y los demás huyan de caer en la misma, resistiendo al espíritu por quien tanto mal les viene.

Punto 2.º *Nuestra poca fe causa la pertinacia del demonio.*—Considera aquí la viva exclamación de Jesucristo antes de curar al enfermo, diciendo: «¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Cuánto tiempo tengo de estar entre vosotros, y cuánto tiempo os he de sufrir?» Con la cual manifestó la pena que recibía por la incredulidad y pertinacia de aquella gente, de donde procedía que el demonio estuviera tan pertinaz en atormentar al endemoniado; y parece que estaba como cansado de vivir entre ellos y de sufrirlos por su dureza. ¡Cuán grave pecado y enorme ingratitud es la incredulidad, que así apena y aflige á Jesucristo! ¡Cuánto sufriría en estos tiempos aquel divino Señor, si pudiese padecer! Mira cómo luego mandó Jesús que le trajesen al endemoniado; y en viéndole, el mal espíritu le atormentó y revolcó por tierra, en señal de lo mucho que aborrecía al Redentor. Y si en presencia de Cristo así trata á los que posee, ¿qué hará en ausencia? Afligido con esto el padre del mozo, dijo al Señor: «Si podéis algo, ayudadnos, teniendo misericordia de nosotros». Pero viendo Jesús la poca fe de este hombre, díjole: «Si puedes creer, todas las cosas son posibles al que cree». Lo cual, oído por el desconsolado padre, y viendo que de su fe dependía la salud de su hijo, respondió con fervor y humildad: «Creo, Señor; pero ayudad mi incredulidad». Que fué decir: Creo cuanto puedo, y lo que me falta, súplalo vuestra bondad. En cuyas palabras te enseña un modo maravilloso de orar, haciendo luego lo que puedes, y pidiendo á Dios que añada lo que te falta. Creyendo, has de pedir aumento de fe; humillándote, aumento de humildad, y amando, aumento de caridad. ¡Oh dulce Jesús! ¡Bendita sea vuestra infinita bondad, que tan poco me pide para hacerme los mayores favores! ¡Crear que el Omnipotente todo lo puede, y que el infinito en misericordia quiere usarla conmigo! Creo y mil veces creo cuanto me decís, y espero cuanto me prometéis; pero suplíd mi falta de estas virtudes, pues á vuestra bondad toca acabar el bien que habéis comenzado. ¿Oyes tú, alma mía, las palabras de Jesús? ¿Tienes la fe que Él desea?

Punto 3.º *Obligado por Jesús, salió el demonio mostrando grande rabia.*—Considera cómo Jesús, amenazando al demonio, dijo: «Espíritu sordo y mudo, Yo te mando que salgas, y jamás vuelvas á él». El demonio salió dando gritos y atormentando mucho al hombre, dejándole como muerto; pero tomándole Jesús de la mano, le levantó y entregó sano á su padre. En estas palabras del Evangelio has de admirar primero, el señorío de Cristo sobre los demonios, y el imperio con que mandó á éstos dos cosas: salir de él, y no volver más á entrar; y no carece de

misterio este último mandato, porque sabía bien el Señor la condición del demonio cuando ha estado mucho tiempo en un alma y le han echado de ella, que no halla descanso hasta volver, llevando consigo otros siete peores que él; y para reprimir esta fiereza, quiso usar aquí de su cumplida misericordia, mandándole que ni sólo ni acompañado volviese más á este mozo, y así lo hizo. Pondera también lo mucho que siente el demonio salir del alma, especialmente cuando ha mucho que la posee, y los dolores que padece la misma al tiempo que ha de salir de su tiranía y dejar los vicios en que ha vivido, los cuales son dolores como de muerte, pero necesarios para que cobre vida; y así, por más que el demonio te amedrente y el mundo te amenace, no has de diferir la conversión, echando cuanto antes de ti á este tirano. Y para más animarte, mira en este mismo hecho la bondad de Cristo y su benignidad en dar la mano al caído, y levantarle y vivificarle, porque Él solo puede restituir la vida y salud perfecta; y aunque pudiera tomar este mozo para su servicio, no quiere sino volvérselo á su padre, mostrando en todo su caridad y cuán sin interés hace el bien á todos. ¡Oh Dios de mi alma! Todo esto me convida á que os ame y sirva muy de veras; mas, pues me habéis librado del demonio, mandadle que no vuelva á mí, y tomadme por vuestro, porque no tengo ni quiero otro padre sino á Vos, á quien sea honra y gloria por las grandezas que obráis en vuestros hijos para su provecho. Y nosotros, ¿no resistiremos en adelante con más valor al demonio? ¿No nos valdremos de los auxilios de Jesús, que así impera en él?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán furiosa es la rabia que el demonio tiene contra el hombre! Es verdad que, para atraerle á su servicio, le ofrece grandes bienes, mucha seguridad, toda suerte de dichas; empero, cuando logra dominarle, hácele sentir todo el peso de su furor y odio. Esto vemos en este pobre poseo, al cual el demonio había atado casi todas sus potencias y sentidos, y le había puesto en mil peligros de perecer. Y si esto hace con el cuerpo, ¿qué hará con el alma que se le entrega? Y si esto hace en este mundo, ¿qué hará en el otro, cuando con dominio absoluto impere sobre todos los condenados? ¡Cuán insensato es el que se deja seducir por los engaños, halagos y promesas del demonio! Puesto delante de Jesús el endemoniado, es atormentado con mayor crueldad por el enemigo. Es que no puede tolerar la presencia de este Señor. Es un reo criminal, y la vista del Juez le llena de coraje. Es un enemigo vencido, y la presencia de su vencedor le confunde, avergüenza y enciende su rabia. ¡Oh cuán poco debemos temer al demonio, si poseemos la amistad de Jesús! Creyendo en este Señor y confiando en Él, y puestos bajo su protección, triunfaremos de todos los enemigos de nuestra alma. Una palabra suya bastará, no sólo para alejarlos de nosotros, sino para vedarles eternamente la entrada en

nuestro corazón. Y aunque busque otros compañeros peores que él, y ponga en práctica todos los medios de que puede disponer, nuestra alma será para él un campo vedado en el que no podrá penetrar. Pues ¿cómo hemos de resistirle? ¿Tenemos aquella fe viva que disipa estos enemigos? ¿Nuestra confianza en Jesús es sólida y firme cuanto lo exige su infinita bondad y poder? ¿Hasta cuándo caeremos en el punible error de la desconfianza? Basta ya de abusar de la paciencia de Jesús; propongamos con firmeza, pidamos con confianza lo que necesitamos, y roguemos al mismo Señor que nos libre del demonio y nos conceda todas las gracias.

105.—RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIRO

PRELUDIO 1.º Habiendo muerto una niña de doce años, su padre acudió á Jesús, pidiéndole que la resucitase; fué Jesús, la tomó de la mano, y la devolvió la vida.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciendo á esta difunta: «Niña, levántate».

PRELUDIO 3.º Pide al Señor que te libre de la muerte del pecado.

Punto 1.º *Súplica del padre de la niña difunta.*—Habiendo fallecido una doncella de doce años¹, hija única de un príncipe de la sinagoga, llamado Jairo, su padre se presentó á Jesús, pidiéndole que fuese á su casa y pusiese las manos sobre ella. Acerca de la muerte de esta niña debes ponderar cómo á pesar de ser hija única, de padres ricos y nobles, y por consiguiente muy querida y regalada de ellos, sin embargo de esto, la salteó la muerte, sin que pudiesen atajarla ni los padres, ni los médicos, ni la hacienda, ni el verdor de la edad; para que entiendas que en toda edad y en cualquier fortuna y estado no hay seguridad de vida, sino que cuando menos pienses te saltará la muerte; y que, aunque esta joven y otros difuntos que resucitaron, pudieron remediar el daño de la primera muerte, tú no podrás esto, porque ley general es que los hombres mueran una sola vez², y el daño de la primera muerte no tendrá remedio. ¡Oh cuánto te importa vivir del modo que deseas morir! Pondera luego cómo la muerte de esta gente moza sucede unas veces por los pecados de los padres, que los aman y regalan en demasía; otras, por pecados de ellos mismos, que se van sin freno tras sus inclinaciones, y quiere Dios atajarles esos pasos porque no se condenen, ó porque tengan menos infierno; otras veces por favor, arrebatándolos antes que la malicia mude su corazón³, y el fingimiento engañe su alma, para que veas lo mucho que te importa huir del pecado, y arrojarte en los brazos de la divina Providencia, pidiéndole que te dé la muerte en aquel tiempo y coyuntura que convenga para tu salvación. Mira cómo esta difunta quedara

¹ Matth., ix, 18; Marc., v, 22; Luc., viii, 42. — ² Hebr., ix, 27. — ³ Sap., iv, 11.

muerta para siempre si su padre no fuera á rogar por ella; así muchos pecadores, aunque no están tan muertos por la culpa que no puedan de algún modo acudir á Cristo, tienen, con todo, grande necesidad de intercesores que rueguen por ellos, y soliciten á Dios nuestro Señor que los resucite; y así te debes mover á hacerlo. ¡Oh Padre piadosísimo! Mirad á innumerables almas que hay por este mundo tan muertas y sumidas en sus culpas, que no os piden vida ni resurrección. Yo, Señor, aunque indigno, os suplico vengáis á sus casas, y toquéis con la mano de vuestra inspiración sus corazones, para que cobren vida. ¿Nos hallamos nosotros preparados para cuando venga la muerte? ¿Usamos de la vida de tal modo que no nos hagamos indignos de ella?

Punto 2.º *Benignidad del Señor en ir á casa de Jairo.*— Considera cómo, oyendo Jesús la petición del archisinagogo, se levantó de donde estaba, y se fué tras él; y, llegando á su casa, y viendo á mucha gente que estaba allí llorando, los dejó y se entró en el aposento de la difunta con solos su padre y madre y tres Apóstoles, Pedro, Santiago y Juan. En lo cual has de ponderar la admirable benignidad de Jesús en seguir luego á este archisinagogo, aunque su fe era imperfecta y no lo merecía, por cuanto le pedía que fuese á su casa á sanar á su hija, como si no pudiera desde allí sanarla con sola su voluntad. Pero no le reprendió el Señor, porque le vió postrado á sus pies y humillado, y la humildad suple mucho nuestras faltas y mueve la misericordia de Dios á que las perdone; así como la soberbia del reyezuelo¹ y la entereza que mostró en pedirle la salud para su hijo sin humillarse ni postrarse, le movieron á indignación y á que le zahiriese de su poca fe. Pondera también que Jesús quiso hacer este milagro, no en público, sino en secreto, porque como éste era el más famoso de cuantos había hecho, por ser el primer difunto que resucitaba, quiso en él darte ejemplo de humildad y de huir la vana ostentación de los hombres; y en confirmación de esto, hecho el milagro, mandó con gran firmeza á los que estaban presentes, que no lo publicasen; pero juntamente quiso que hubiese testigos que después lo manifestasen para nuestro provecho. Y no sin misterio escogió para esto á los tres Apóstoles dichos; los cuales fueron también testigos de su transfiguración en el monte Tabor y de la aflicción que padeció en el huerto de Getsemaní, para significar que á los más queridos y fervorosos da más parte de sus secretos, especialmente en tres cosas: en las obras de la conversión de las almas, en las grandezas de su gloria, y en las ignominias de su Pasión. ¡Oh quién fuese tan dichoso que privase con Jesús, y siguiese á este Cordero² donde quiera que va, sin apartarse un punto de su dulce compañía! ¡Oh Salvador mío! Hacedme tan fervoroso en vuestro divino ser-

¹ Joan., iv, 48. — ² Apoc., xiv, 4.

vicio, que cifre toda mi gloria y felicidad en cumplir cuanto Vos deseáis, y en sufrir toda suerte de trabajos y humillaciones por vuestro amor. ¡Oh alma! Imita las virtudes que representan estos tres Apóstoles, para que merezcas los favores que ellos recibieron. Humíllate como el archisinagogo, y confía ciegamente en la benignidad de Jesús.

Punto 3.º *Jesús resucita á la niña difunta.*—Tomando Jesús por la mano á la difunta, dijo en alta voz ¹: «Niña, levántate», y al mismo punto se levantó y anduvo, y la mandó dar de comer, quedando sus padres maravillados de este milagro. En lo cual has de admirar la omnipotencia del Salvador; pues con sola una palabra, no rogando, como Elías ² y Eliseo ³, sino mandando con imperio, da vida á los muertos, y al punto el alma del difunto que estaba en el limbo, ó dondequiera que estuviese, oye su voz, y viene á entrar en su cuerpo, sin que pueda resistirse, ni haya quien pueda detenerla. ¡Oh grandeza de la omnipotencia de Jesucristo! ¡Quién será tan atrevido que ose contradeciros, al ver que los mismos muertos se os sujetan! Pondera también la causa por qué tomó de la mano á esta difunta, y ella comenzó á andar, y la mandó dar de comer; lo cual no hizo con otros difuntos. Todo fué para significar que los pecadores que pecan por flaqueza, figurados por esta niña, son vivificados por Cristo, ayudándoles con su mano poderosa á vencer aquella flaqueza; y así, en resucitando con su virtud, quiere de ellos dos cosas. La una, que no estén ociosos, ni se queden en la cama de la pereza, sino que luego comiencen á andar, y á ejercitar buenas obras, aprovechando en el camino de la virtud. La otra, que coman el pan que corrobora el corazón ⁴, que es el Santísimo Sacramento del altar, con cuya virtud acaban de fortalecerse; y al mandar á otros que den de comer á la difunta, da á entender que manda á sus ministros que den este pan de vida á los pecadores convertidos, para que se alienten á proseguir la jornada que han comenzado. ¡Oh Salvador de mi alma! Tomadla de la mano, porque, juntándose la vuestra con la mía, luego me levantaré y comenzaré á trabajar, sacudiendo de mí toda pereza. Dadme también á comer el pan de vida sobresubstancial, que conforta á los flacos, alienta los corazones desmayados, para que, con su virtud, no me canse de caminar, hasta que llegue al monte santo de Horeb ⁵, donde vea vuestra gloria. ¿Hemos ya resucitado de nuestros pecados? ¿Trabajamos en el ejercicio de las virtudes, y nos alimentamos del modo que quiere Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán inexorable es la muerte! Llegado el momento trazado definitivamente por la divina Providencia, morirás, sin que puedan estorbarlo ó impedirlo ni todas

¹ Marc., v, 41.—² III Reg., xvii, 21.—³ IV Reg., iv, 33.—⁴ Psalm, ciii, 15.
⁵ III Reg., xix, 8.

las riquezas, ni los más afamados médicos, ni los más exquisitos medicamentos. Y esta muerte vendrá, ó en castigo de tus pecados y del abuso que de la vida has hecho, ó por otros motivos reservados á la adorable Providencia. ¡Cuánto te interesa no gastar la vida ofendiendo á Dios, sino emplearla toda en su servicio! Pero, ¡cuán admirable se muestra la benignidad de Jesús con Jairo, que le pide que vaya á su casa á resucitar á su hija! Al instante le sigue, aunque él da muestras de una fe muy escasa; pero la humildad todo lo suple, y no hay gracia que no consiga de Cristo; le ve humillado, y esto basta para que acceda á su súplica. Mira á Jesús, que penetra en la habitación donde está tendida sobre un lecho la difunta; por huir la vanagloria, sólo consiente que entren los padres de la niña y los tres Apóstoles más fervorosos. ¡Dichosos los que sirven con verdadero fervor á Jesucristo! Ellos tendrán parte en sus glorias, en sus trabajos y dolores, y también en sus obras misteriosas para la conversión de las almas. Jesús toma la mano de la niña, y diciéndola: «Niña, levántate», ¡oh prodigio de la omnipotencia de Jesús!, la difunta abre los ojos, se levanta, y comienza á comer. ¡Qué sorpresa tan consoladora y grata para aquellos afligidos padres! ¡Qué admiración para los Apóstoles! ¡Qué documento para todos! El que muera espiritualmente por debilidad, luego de resucitado, con el auxilio de Cristo, ha de andar y no estar ocioso, y debe alimentarse con el cuerpo del Señor. En vista de todo esto, ¿estás tú preparado para la muerte? ¿Te has hecho indigno de la vida á causa de tus abusos? ¿Pides con humilde confianza por ti y por los pecadores? Acuérdate que muchos no se salvarán, si no hay quien les dé la mano por medio de oraciones; mira, pues, lo que te conviene resolver y practicar; y, conociéndolo, ruega con espíritu por ti y por todas las necesidades que te han encomendado.

106. — RESURRECCIÓN DEL HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.

PRELUDIO 1.º Compadecido Jesús de la aflicción de una pobre viuda que acababa de perder á su único hijo, lo resucitó y devolviólo á su madre.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo llegándose al féretro donde estaba el difunto, y mandándole que se levante.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de oír dócilmente la voz de Jesús.

Punto 1.º *Encuentro de Jesús con el difunto en Naim.*—Caminando Jesús á la ciudad de Naim ¹ con sus discípulos y otra mucha gente, llegando á la puerta de la ciudad, sacaban á enterrar á un mancebo difunto, hijo único de su madre viuda, é iba con ella mucho pueblo. En la persona de este joven, muerto en la flor de su edad, has de mirar al pecador que está muerto

¹ Luc., vii, 11.

por culpas nacidas de sus vehementes pasiones, teniendo su alma encerrada en el cuerpo como en unas andas ó ataúd; porque todo cuanto piensa, habla y trata es en carne y de su carne. Los que llevan estas andas son cuatro apetitos ó pasiones vehementes; á saber: lujuria, que es apetito de deleites carnales; ambición, ó apetito de honras vanas; codicia, que es apetito de riqueza; y la ira, ó apetito de venganza contra los que le impiden estos bienes. De estas cuatro pasiones es llevado este miserable pecador á enterrar en el abismo de innumerables pecados, y después en el abismo del infierno, si el Señor no le detiene. ¡Oh estado, tanto más lamentable, cuanto menos conocido por el mismo que en él se halla! Pondera luego la caridad y providencia de Cristo nuestro Señor, en venir á Naim, en tal coyuntura, que se encontrase con este difunto, pues no fué acaso, sino sabiéndolo y con deseo de resucitarle, ofreciéndose á ello sin que nadie se lo pidiese: á la doncella resucitó á petición de su padre¹; á Lázaro²; á ruegos de sus hermanas; pero á éste de su solo motivo, para significar la grandeza de su misericordia en buscar las almas muertas, salirles al encuentro y ofrecerles el remedio, aunque no se lo pidan, movido de la compasión que tiene de ellas; y aun cuando se lo piden, Él previene é inspira á que lo hagan, de suerte que todo nuestro bien comienza de su misericordia. ¡Oh Padre misericordiosísimo! Mirad la muchedumbre de pecadores muertos que andan por las plazas de este mundo³, arrastrados por sus pasiones, que les conducen á innumerables y graves pecados. Compadeceos de ellos, salidles al encuentro, atajad sus pasos antes que la muerte los coja en ellos. ¿Somos nosotros de estos desgraciados? ¿No tememos caer en tal infortunio?

Punto 2.º *Compasión que Jesús tiene de la madre viuda.* — Considera cómo mirando Jesús á la desconsolada viuda y madre del difunto, tuvo misericordia, y díjola⁴: «No llores»; y acercándose más, tocó las andas, y al punto pararon los que las llevaban. Acerca de este hecho has de meditar cómo el Señor quiso hacer este milagro, no en secreto, como el de la hija de Jairo, sino en público, para gloria de su Padre y para autorizar su doctrina; y para que se viese que no lo hacía por ostentación, sino de compasión, enterneciéndose viendo la miseria de aquella mujer, por ser viuda y ser único el hijo que perdió; en lo cual te enseña la prudencia en hacer las obras en público de modo que no se busque la ostentación; y también la compasión que te deben inspirar los afligidos y desconsolados, á imitación de nuestro gran Dios, que se complace en llamarse⁵ Padre de huérfanos, marido de viudas y amparo de todos. Mira cómo las lágrimas de esta viuda, sin hablar ni pedir nada, movieron á Cristo á que resucitase á su

¹ Matth., ix, 18. — ² Joan., xi, 43. — ³ Jerem., ix, 1. — ⁴ Luc., vii, 13.
⁵ Psalm. lxxvii, 6.

hijo, porque las lágrimas que derramamos por nuestros pecados, ó por los de otros, son un modo de oración muy eficaz para mover á Dios á remediar tales miserias, cumpliendo lo que ha dicho¹: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». Pondera, finalmente, cómo Jesús se llegó á las andas y las tocó, y pararon los que las llevaban, para significar que, antes de resucitar al pecador, le toca con la mano de su omnipotencia y con fuertes inspiraciones, ya de temor con amenazas, ya de esperanza con promesas, y hace que cese el impetu de las cuatro pasiones que le arrastraban, las cuales, por más bravas que sean, se rinden al toque é imperio de Cristo. ¡Oh manos de Jesús! Ya que tocasteis el madero de la cruz, siendo en ella cosidas y enclavadas para dar vida al que murió tocando con las suyas la fruta del árbol vedado; tocad á los pecadores muertos por la culpa, para que se dispongan á recibir la vida de la gracia. ¡Oh alma! Aprende de Jesús cuándo has de hacer tus obras en público. ¿Imitas su misericordia? ¿Te dejas llevar aún de tus desordenadas pasiones?

Punto 3.º *Jesús mandó al difunto que se levantara, y lo dió á su madre.* — Considera cómo mirando Jesús al cadáver tendido sobre las andas, dijo²: «Mancebo, á ti te digo: levántate»; y al punto el difunto se levantó y comenzó á hablar, y Cristo se lo dió á su madre. En lo cual puedes ponderar, sobre todo, la omnipotencia de Cristo, porque no tuvo necesidad, como Elías y Eliseo³, de detenerse sobre el cuerpo del mozo difunto, juntando rostro con rostro, y ojos con ojos, ni aun le tocó con la mano, como á la hija de Jairo⁴, sino con una palabra imperiosa, hablando con el muerto, como si estuviera durmiendo, le volvió á la vida. Reflexiona cómo este mancebo no principió luego á andar como la hija del archisinagogo, sino, sentándose en las andas, comenzó á hablar, para significar que los pecadores que están arrastrados por las pasiones van sanando poco á poco; primero reciben la vida de la gracia y apartan el afecto de las cosas carnales, aunque todavía se quedan con algo de aflicción que les pega y traba el corazón con ellas; pero después vienen del todo á despegarse de las costumbres viciosas. Además, comienzan á hablar, confesando los pecados, pidiendo perdón de ellos, proponiendo la enmienda y alabando á Dios por las mercedes que les hace; por lo cual no debes indignarte contra los que no dejan de un golpe las costumbres de la vida vieja. Pondera, por fin, la caridad del Señor en volver el hijo resucitado á su madre, viuda, aunque pudiera tomarle para sí; mas no quiso, porque atendiese á servirla en su vejez y viudez, y para que su consuelo fuese cumplido, significando con esto que

¹ Matth., v, 5. — ² Luc., vii, 14. — ³ III Reg., xvii, 21; IV Reg., iv, 33.
⁴ Marc., v, 41.

es propio de Cristo restituir los pecadores á su madre la Iglesia. Y así como este mancebo salió de su casa muerto, pero volvió á ella vivificado por Cristo, así el pecador que sale de la Iglesia, ó congregación de los justos, llevado de sus pasiones, vuelve á ella restituido á la vida, con grande alegría de todos. ¡Oh dulcísimo Salvador! Gracias os doy por el bien que hacéis á tantas almas. ¡Oh, si todos los pecadores se volvieran á juntar en la congregación de los justos, para que la Iglesia se gozase de tener muchos hijos vivos! Pues Vos podéis darle este gozo, no la privéis de él, para que vuestro nombre sea glorificado, y digamos lo que dijo la gente que vió este milagro¹: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado con misericordia á su pueblo».

Epílogo y coloquios. ¡Oh triste estado del pecador, que ha venido á perder la divina gracia, á consecuencia de la fogueidad de sus pasiones! El difunto hijo de la viuda de Naim es su fiel retrato. Encerrada y metida su alma en su cuerpo como en un ataúd ó andas, es arrastrada por cuatro violentas pasiones: lujuria, codicia, ambición é ira; las cuales le llevan irresistiblemente al hoyo del infierno, si Dios no pone remedio. Pero ¡bendita sea la misericordia de Jesús! Él sale al encuentro de aquel difunto, y compadecido de las lágrimas de su desconsolada madre, se acerca al féretro, toca las andas, páranse los que las llevan, y hablando con voz sonora con el muerto, como si estuviera vivo: «Mancebo, dice, á ti te digo: levántate». Y el difunto se levanta, se incorpora en las andas, y Jesús lo entrega á su madre, la cual resucita también de la tristeza mortal que la consumía las fuerzas. ¡Cuántas veces el Señor nos ha salido, por ventura, al encuentro en medio de nuestra carrera de disolución y pecado! ¡Cuántas veces con su omnipotencia ha tocado las andas, calmado nuestras pasiones, para que, tranquilos y sosegados, pudiésemos pensar en lo que más nos importaba! Y nosotros tal vez, en lugar de imitar al difunto, que se levantó á la voz de Cristo, nos hemos quejado interiormente de que nos venía á turbar nuestros placeres mundanos, y voluntariamente nos hemos vuelto á echar en brazos de las pasiones desordenadas. ¿Qué haremos en adelante? ¿Cómo corresponderemos á la bondad de Jesús? ¿Qué exige de nosotros Su Majestad? ¿Sentimos todavía la fuerza de las pasiones que nos arrastran al mal? ¿Quién nos librará de este cuerpo de muerte? Sólo la gracia de Dios. Para alcanzarla, pues, hagamos muy eficaces propósitos de practicar los medios necesarios, y roguemos, no sólo por nosotros, sino por todos los pecadores, y por todo el mundo.

¹ Luc., vii, 16.

107.—ENFERMEDAD Y MUERTE DE LÁZARO.

PRELUDIO 1.º Habiendo enfermado Lázaro, sus hermanas se lo comunicaron á Jesús, el cual no fué á Betania hasta pasados cuatro días de su muerte.

PRELUDIO 2.º Representáte á Jesús diciendo á sus discípulos: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros, para que creáis».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber orar de tal modo, que alcances lo que pretendes.

Punto 1.º Enfermedad de Lázaro, y diligencia de sus hermanas en notificarla á Jesús.—Habiendo caído gravemente enfermo Lázaro, hermano de Marta y María, discípulas muy amadas del Señor, le enviaron un recado, diciendo: «Señor, mira que el que amas está enfermo». Pondera en estas breves palabras un modo de orar breve, perfecto y muy eficaz, propio de los varones espirituales, ejercitados en la vida activa y contemplativa, figuradas por Marta y María, al cual llama Hugo de San Víctor² modo de orar por insinuación, y consiste en representar á Dios brevísimamente alguna necesidad del cuerpo ó alma que padeces, alegándole por título el amor que te tiene, dejando en todo lo demás el cuidado de tu remedio á su divina providencia, con grande confianza y resignación en su voluntad; porque, si sabes que te ama, basta esto para que creas que hará todo lo que te conviene, aunque no le pidas nada. Este modo de orar presupone grande estima del amor que Dios nos tiene, grande confianza en su misericordia y resignación en su voluntad, no queriendo más que lo que Él quisiere cuanto al remedio de tus necesidades, y al lugar, tiempo y modo de remediarlas. En este modo de oración debes ejercitarte á menudo, diciendo á Jesús: «Señor, el que amáis está enfermo»; ó cambiando esta última palabra, puedes decir: Señor, el que amáis está triste, desconsolado, tibio, seco, indeyoto; está tentado de ira, soberbia. En lugar de «el que amáis», puedes aducir otros títulos de amor, diciendo: Señor, el que redimisteis con vuestra sangre, el que prohijasteis en el Bautismo, el que alimentáis con vuestra carne, el que escogisteis por religioso, está lleno de imperfecciones. Este modo de orar es semejante al que usó la Virgen cuando en las bodas dijo³: «No tienen vino», dejando el remedio de la necesidad á la voluntad de Jesús. ¡Oh Maestro soberano! Grandemente confuso al ver mi miseria, me postro delante de Vos, y os digo: Señor y Padre mío, este pobre siervo é hijo vuestro, á quien creasteis, conservasteis y redimisteis, á quien habéis rodeado de vuestra protección, es tan miserable, que ni sabe conocer los favores que le hicisteis, ni los sabe agradecer como conviene, y se ve grandemente conturbado por las inmensas deudas que ha contraído y no puede pagar; mostrad

¹ Joan., xi, 3. — ² Lib. de modo orandi, c. 2. — ³ Joan., ii, 3.